

ó doce horas de distancia, segun afirmaciones fidedignas de inteligentes cazadores; así es que vienen á parar alguna vez á sitios donde jamás se habia visto una gamuza.

Los machos viejos siempre son mas aficionados á estas excursiones que las hembras y cabritos que viven en rebaños.

Como la mayor parte de los antilopes, la gamuza es un animal diurno, pues durante el dia está en continuo movimiento, descansando por la noche. Al rayar el alba se levanta de su lecho y se pone á pacer, siempre bajando; en las horas mas avanzadas de la mañana, se acuesta á la sombra de las peñas, ó debajo de las ramas de los abetos; al medio dia se dirige hácia arriba, descansando otra vez debajo de los árboles y rocas, sin elegir siempre los mismos sitios; por la tarde vuelve á pacer, yéndose á dormir á la puesta del sol; sin embargo, deja de observar estas costumbres alguna vez en las noches de luna. En el otoño é invierno pasta todo el dia, y cuando empiezan las nevadas desciende á las regiones bajas de las montañas, donde da el sol, el cual impide tanta acumulacion de nieve como hay á la sombra. Elige su lecho nocturno en distintos puntos, pero siempre donde la vista alcance á larga distancia, y desde donde pueda descubrir los grandes valles. La gamuza no es difícil en la eleccion de su lecho, pues se acuesta en cualquier parte.

Siendo animal muy sociable, se reúne en manadas bastante numerosas, las cuales constan de las hembras, sus pequeños y los cabritos de dos á tres años; los machos viejos viven aislados, exceptuada la época del celo, ó se reúnen con dos ó tres de su clase, sin cultivar empero una amistad estrecha y duradera; al frente de las manadas hay una hembra inteligente, que guía con frecuencia los movimientos de aquellas, pero sin fiarse siempre de su propia vigilancia. Si bien se observa en cada rebaño uno ó dos individuos en actitud expectante, que sin duda son los que dan la señal cuando algun peligro les amenaza, no desempeñan con esto ningun encargo, sino que obedecen á su instinto que se manifiesta en todos de igual manera. Toda gamuza que observa algo sospechoso, lo da á entender mediante un silbido penetrante y pateando con la pierna delantera; la manada emprende la fuga tan luego como se ha cerciorado del peligro, guiada por una hembra, sin duda la mas vieja; á esta sigue su hijuelo mas jóven, á este el de un año y luego el resto de la manada.

La gamuza rivaliza en ligereza con los antilopes de las montañas que acabamos de examinar. Trepa diestramente, salta con seguridad, corre con soltura y aplomo por los sitios mas peligrosos, donde no osa aventurarse una cabra; y no lo hace mas que para coger algunas plantas. Cuando la gamuza anda despacio, obsérvese en ella cierta pesadez y torpeza; pero cuando se despierta su atencion y emprende la fuga, cambia su aspecto completamente; entonces parece hermosa, atrevida, gallarda y fuerte, saltando con tanta rapidez como gracia. Segun Schinz, von Wolten midió la distancia que puede franquear de un salto la gamuza, y halló que era de 7 metros: cierto dia vió á un individuo domesticado saltar por encima de un muro de mas de 4^m,50 de altura, y caer sobre la espalda de una jóven que cogia yerba. En cualquiera pared donde haya una piedra desprendida ó aparezca la mas pequeña desigualdad, encuentra la gamuza un punto de apoyo, y puede llegar así en varios saltos hasta la cima. Corre por las rocas mas escarpadas con tanta seguridad como las especies precedentes, y hasta se creeria imposible que pueda sostenerse en ciertos sitios. Al saltar (ejercicio que hace mejor subiendo que bajando), sienta prudentemente en tierra sus piés delanteros para no dejar caer nada; aunque esté gravemente herida pasa por los caminos mas difíciles, y no disminuye su agilidad si se le rompe una pierna.

«Por mas veces que se haya visto, dice Kobell, siempre causa admiracion contemplar á las gamuzas en los sitios mas escarpados y estrechos, donde apenas pueden moverse, y sin que el espanto que les produce el estampido de un tiro las haga caer; bástales un punto aislado de 6^m,02 para salvarse, emprendiendo la fuga por los sitios mas peligrosos y deteniéndose con la mayor facilidad; algunas veces resisten caidas de grande altura, lo cual debe verse para poder creerlo.»

Todo lo que va mencionado en las anteriores líneas me lo ha confirmado un cazador fidedigno, el conde Wilczek, que vió á una gamuza macho dar un salto en vago, y caer en un abismo, que en el concepto de Mühlbacher tenia poco menos de cien metros de profundidad. Afortunadamente cayó en un resalto de arena blando que mitigó la fuerza de su enorme salto; y aquel macho prosiguió su camino sin lesion alguna, ni gran dificultad, trepando, como si nada le hubiera sucedido, en otra direccion. A pesar de su destreza y habilidad, segun Schinz, no pocas veces se apartan de su camino, de suerte que no pueden adelantar ni retroceder, muriéndose de hambre ó cayéndose en los abismos. Tschudi dice con respecto á esta afirmacion que la gamuza intenta, por todos los medios imaginables, efectuar lo que al parecer es imposible, saltando al precipicio aunque tenga que estrellarse contra las rocas. Jamás se verá que la gamuza quede parada sin saber por dónde ha de salvarse, como les sucede á las cabras, las cuales aguardan balando el auxilio del pastor, que con riesgo de su vida acude á sacarlas de su peligrosa situacion.

La gamuza, por el contrario, se arrojaría sin dificultad en el precipicio antes de pedir socorro; esto, sin embargo, ocurre raras veces, pues su discernimiento es muy superior al de la cabra. Cuando llega á la parte angosta de una peña se para un momento delante del abismo, y en seguida retrocede con la rapidez del rayo por el mismo camino, venciendo el miedo que tiene á su perseguidor. Si el animal ahuyentado se encuentra sobre una cornisa casi vertical, y le falta la ocasion para avanzar algunos pasos, con objeto de moderar la velocidad de la caida, se deja caer, no obstante, encogiendo la cabeza y el cuello, descargando su peso en las patas traseras, las que arrastra por la pared para que el golpe no sea tan violento. La presencia de ánimo del animal es tan grande que si al bajar observa un resalto ó sitio de salvacion, empieza á mover las piernas de modo que pueda alcanzarlo, formando así una línea inclinada. Entre los cazadores de Karnten y Steiermark es un hecho conocido que las gamuzas bajan por las paredes mas escarpadas del modo indicado por Tschudi. Mi buen amigo el cazador Morhagen me contó que la gamuza, cuando se ve perseguida, salta de 12 á 16 metros de profundidad sin reflexionarlo siquiera.

«Las gamuzas, dice Tschudi, andan muy despacio y con precaucion sobre la nieve blanda, en la cual se hunden, así como tambien por los glaciares que carecen de aquella; y á esto es debido que se les cace allí mas fácilmente. Sin embargo, por ninguna parte caminan con tanta prudencia como por las neveras, ó sobre la nieve reciente de los glaciares, que cubre las grietas de una capa engañadora. Se las ha visto retroceder en sitios por donde el hombre no temia avanzar prudentemente.» Por los flancos de las rocas andan con la misma lentitud é igual cautela: algunas examinan el sendero que siguen, mientras que los demás individuos de la manada velan para evitar otros peligros.

«Hemos visto, dice Tschudi, á una manada de gamuzas trepar por un cinto de rocas, escarpado, peligroso y cubierto por todas partes de fragmentos desprendidos, pudiendo admirar la prudencia y cautela de aquellos animales. Mientras subia uno de ellos, esperaron los otros á que hubiese llegado

á la cima, para que ninguna piedra rodase á sus piés; luego le siguió el segundo, despues el tercero, y así sucesivamente. Los que habian alcanzado la cima no se dispersaron por la pradera, sino que permanecieron en la cresta de roca, fija la vista y el oido atento hasta que toda la manada estuvo reunida.»

La misma precaucion y destreza observa la gamuza al cruzar los arroyos de las montañas; en caso de necesidad saltan tambien al agua, para continuar luego su camino; pero si no es perseguida, calcula largo tiempo por qué sitio ha de efectuar su travesia; recorre la orilla de arriba abajo, inspecciona los distintos sitios que mas se prestan para la realizacion de sus fines y elige el que le parece mas conveniente. Mi amigo vió á una gamuza que de dos tremendos saltos pasó un ancho y caudaloso arroyo del valle de Elend, en Kaernten. Perseguida de cerca, atemorizada ó herida, se arroja hasta en un lago alpino, con la esperanza de salvarse á nado; así es que

Wilczek vió á una gamuza á la cual habia tirado, arrojarse en el «Lago del Diablo,» y permanecer en él nadando, no saliendo por temor á las personas que se hallaban en la orilla; nadaba ligera y rápidamente sin demostrar cansancio, dando fuertes patadas con las piernas traseras.

El conocimiento extraordinario que tiene de las localidades, le es de gran utilidad en sus osadas excursiones. Recuerda perfectamente el camino que ha recorrido una vez, y por decirlo así, hasta conoce las piedras; por esta misma razon las altas montañas le son tan familiares como poco conocidos los otros sitios que frecuenta, cuando abandona aquellas.

«En el verano de 1815, cuenta Tschudi, apareció en las praderas de los alrededores de Arbonn, con gran asombro de los habitantes, una gamuza macho, que probablemente habria sido ahuyentada de su retiro. Franqueando las cercas, arrojóse en el lago, donde despues de nadar mucho

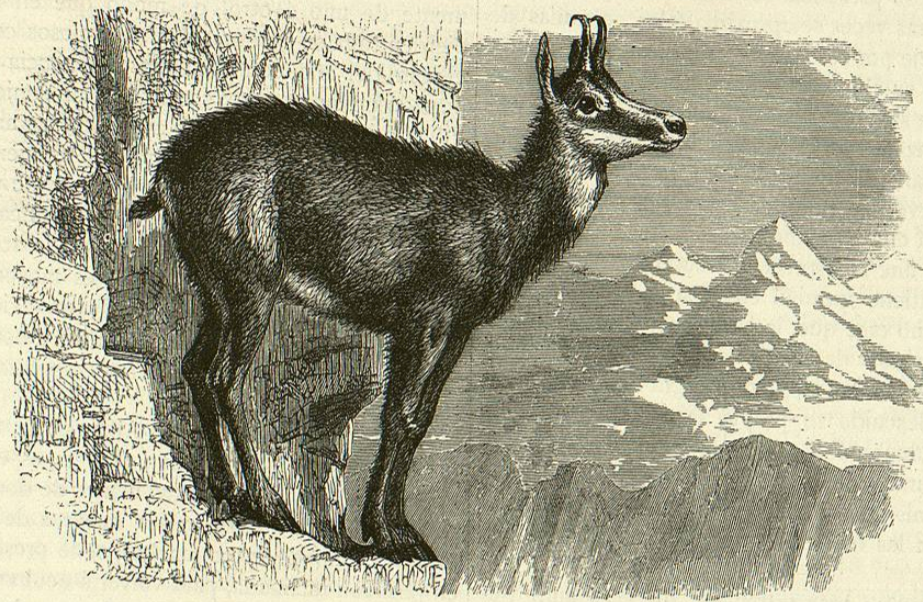


Fig. 247.—LA GAMUZA DE EUROPA

tiempo de un lado á otro, fué recogida, ya sin fuerzas, por una barca. Algunos años antes se habia cogido tambien en el valle del Rhin una gamuza jóven, que se hundió en los pantanos.»

La gamuza, como los antilópidos sus congéneres, está dotada de admirable perspicacia. El olfato y el oido parecen ser los mas desarrollados; la vista no tanto como aquellos. La sutileza del primero no se manifiesta tan solo por su gran desarrollo, sino tambien por su facultad sorprendente de seguir el rastro. En las batidas celebradas en los bosques de la alta montaña se ven á veces hijuelos dispersados siguiendo el mismo camino que la madre llevó algunos minutos antes con tanta seguridad que solo se puede explicar por su olfato admirablemente desarrollado.

Se observa asimismo que la gamuza siempre queda parada y hasta retrocede al cruzar el rastro de un hombre. Con respecto á este sentido, nuestros antilopes montañeses no van en zaga á ninguno de su familia.

Para acercarse á la gamuza ha de tenerse muy en cuenta la direccion del viento, porque de lo contrario huiría seguramente. No es posible determinar hasta dónde alcanza su olfato, pero podemos afirmar que tiene mucho mas alcance que un tiro; de todos modos, el olfato es el que da á conocer á la gamuza la inminencia del peligro y el que la obliga á emprender la fuga; el oido, por fino que sea, la engaña con mas

facilidad. Hace poco caso del ruido que ocasiona la caida de las piedras, porque se ha acostumbrado á oirlo en las montañas; la detonacion de un arma de fuego no siempre le causa grande impresion. Mas cuando la gamuza conoce la significacion del tiro, huye apresuradamente, aunque las mas de las veces se queda como extática despues de la detonacion, dando lugar al cazador para dispararle segunda vez. Esto se explica en parte, pues en las montañas es difícil, aun para el hombre, darse razon de la procedencia del ruido, dudándose si ha sido realmente un disparo ó solo el desprendimiento de alguna piedra.

La vista de este animal abarca sin duda grandes distancias, aunque tenga este sentido menos desarrollado que los demás rumiantes; así es que muchas veces no advierte la proximidad del cazador, ó no puede distinguirlo á causa de hallarse detrás de las peñas que están á su alrededor. A pesar de que mis amigos cazadores me lo habian advertido así de antemano, en mi primera caza quedé sorprendido al verlas aproximarse hácia mí, al parecer sin el menor temor y pasando por delante á una distancia relativamente corta. Como la mayor parte de los animales vertebrados pequeños, sobre todo los peces, parece que desconocen al hombre que se detiene inmóvil ante ellos, no viendo en él objeto alguno que pueda infundirles miedo, sino cuando se mueve. Por esta razon huyen del cazador que camina aun á mucha distancia; al paso

que se escapan pocas veces del que se aproxima cautelosamente.

De lo dicho anteriormente se desprende que las facultades intelectuales de la gamuza están bastante desarrolladas; en todos sus movimientos y costumbres se manifiesta en alto grado su inteligencia; no es precisamente tímida, pero sí muy cautelosa; examina con cuidado antes de obrar, reflexiona, medita y calcula; su excelente memoria le permite utilizar en muchos casos sus experiencias anteriores. Está al corriente de todas las peripecias que trae consigo la vida de la montaña; conoce muy bien los peligros que pueden causarle las avalanchas de nieve y las piedras, y trata de evitarlos; no se expone á ellos nunca temerariamente, sino que trata de esquivar todo riesgo tanto como le sea posible; en una palabra, obra según las circunstancias. Como todas las reses, su comportamiento es distinto según esté en los cercados ó en los puntos donde se la persigue constantemente. Si bien desconfía del hombre, no siempre huye de su presencia con tanta timidez como se podría suponer. Pocas veces se aproxima á las cercanías de las casas, sin que deje por esto de hacerlo en alguna que otra ocasión para buscar su alimento, y sin que le cause miedo alguno el humo que sale de las chimeneas; así es que mi amigo, el experto cazador de gamuzas Klampférer, desde una casa situada en el valle de Elend, la cual sirve de vivienda á los cazadores, observó dos gamuzas que varios días consecutivos se acercaban á ella para alimentarse.

A la inteligencia une la astucia y la sutileza. Al divisar á un hombre se mantiene inmóvil en su sitio y emprende la fuga tan pronto como cree que la han descubierto. Es muy curiosa y se deja engañar de la misma manera que las gacelas y cabras silvestres, esto es, si uno logra llamar su atención y hacer que descuide su propia seguridad; en esto la gamuza se parece mucho á la cabra, con la cual comparte la afición á las travesuras y juegos. Los cabritos traban no pocas veces luchas amistosas y muy divertidas, como si quisieran ejercitarse para las que mas tarde han de entablar por precisión.

«Vagan por las peñas mas estrechas, dice Tschudi, tratando de empujarse con los cuernos unas á otras hácia la pendiente, jugueteando del modo mas divertido. Muchas veces se ve á toda una manada entretenerse en dar los saltos mas atrevidos, como si quisieran rivalizar en toda clase de ejercicios gimnásticos.»

El cazador de gamuzas arriba citado, me describe ciertos juegos muy particulares de la gamuza, confirmados luego por el guardabosque Wippel tan completamente, que no es posible ponerlos en duda. Cuando las gamuzas han subido en verano hasta la region de las nieves, creyéndose del todo seguras, se divierten echándose en la parte superior de una llanura de nieve que haga cuesta: en seguida empiezan á remar con las piernas poniéndose en movimiento hácia abajo y muchas veces en una distancia de 100 á 150 metros, como si anduviesen en trineo, levantan una nube de nieve quedando completamente blancas; apenas han llegado abajo, vuelven á subir por el mismo camino; los demás individuos de la manada ven con placer los ejercicios de sus compañeros y toman parte tambien en esta diversion. Hay gamuzas que hacen este descenso dos, tres y mas veces, y con frecuencia lo efectúan tres individuos uno tras otro; por mas que este juego los distraiga, no pierden nunca de vista su seguridad, y la sola aparicion de un hombre que esté á larga distancia pondría término á estos ejercicios, haciendo que cambiara de repente la actitud del animal.

Las gamuzas apenas se ocupan de otros mamíferos inofensivos y hasta viven con varios en abierta enemistad, ó al menos los miran con aversion, como por ejemplo á las ovejas.

Tan luego como estas pasan por las alturas en que por lo regular habitan las gamuzas, desaparecen las últimas y no vuelven á estos sitios sino á fines del otoño, cuando los excrementos de las ovejas han perdido el olor con el transcurso del tiempo; parece que les inquieta mas la presencia de gran número de estos animales que el hedor de los excrementos. Las cabras, que suben aun mas alto en pos de las gamuzas y que pueden llegar á la mayor parte de los puntos en que estas viven, parecen mucho mas propias para incomodarlas, pero sin embargo no se nota ninguna aversion entre las gamuzas y las cabras; al contrario, las primeras buscan á las últimas.

La gamuza no siente tampoco antipatía á los bueyes, ciervos y corzos, ó por lo menos no los temen y se las ve con frecuencia muy cerca de ellos.

Hácia la época del celo, que empieza á mediados de noviembre y dura hasta primeros de diciembre, los machos fuertes se presentan en medio de los grupos, pasando continuamente de uno á otro, de modo que en seis ú ocho días pierden toda su gordura. Tan silenciosos como son durante el resto del año, con tanta mas frecuencia dejan en aquella ocasión oír su voz, que consiste en un sonido ronco y sordo difícil de describir. Cuando aparecen, los machos jóvenes se dispersan llenos de terror; pero si se encuentran otros viejos en un grupo, estos resisten regularmente y luchan con sus adversarios, porque el macho fuerte nunca sufre otro en la misma manada, aunque esta conste de treinta á cuarenta piezas. Solo el ímpetu del ataque es mayor aun que sus celos: desconfiados miran á su alrededor, olvidando en su excitación hasta al cazador; arremeten impetuosos á todo macho fuerte que de lejos se presente, y empiezan con él la lucha en el caso de que este resista.

En la parte oriental de los Alpes se ha fundado en el carácter celoso del animal una manera especial de caza, poniéndose el cazador un gorro blanco de dormir, ú otro hecho al efecto, en el que se hallan cuernos de gamuza. Cuando divisa á uno de estos machos, se le presenta al momento en posición inclinada, para volver á ocultarse en seguida, llamando así su atención y excitando sus celos, hasta que aquel se le pone á tiro. Los machos enamorados muestran poca consideración á las hembras y mucha impaciencia: las persiguen con vehemencia, maltratándolas si no quieren acceder voluntariamente á sus caprichos. Sucede, como entre los ciervos, que el macho resulta engañado; como la excitación le domina, se arroja con tal ímpetu y violencia sobre la hembra, que por esta causa rara vez puede efectuarse el apareamiento, aprovechándose los jóvenes, si les es posible, de estas ocasiones para satisfacer los deseos amorosos que tambien les acosan; la voluptuosidad de la hembra corre parejas con la del macho. Con el mismo afán que manifiestan al principio para oponerse á sus deseos, se entregan luego con placer á las caricias del macho y hasta lo provocan á aparearse, como se ha observado varias veces, no contentándose con uno ó dos coitos.

No están conformes los observadores sobre el tiempo que dura la gestación. Schoepff, de cuyas noticias haré mencion mas tarde, observó que sus gamuzas parieron exactamente ciento cincuenta días despues del apareamiento, no pudiendo engañarse, tanto mas cuanto que la maldad del macho hacia necesaria la separación; todos los cazadores de gamuzas, por el contrario, suponen una gestación mas larga. En los Alpes de la Estiria y de la Carintia la época del celo no empieza antes del tiempo indicado, y parece acabarse determinadamente hácia el 10 de diciembre. El parto coincide con los últimos días de mayo ó primeros de junio, y por consiguiente debemos suponer la duración de la gestación de veintiocho

semanas ó doscientos días. Según la situación y naturaleza de la montaña, varía la época del celo, y la del parto algunos días y hasta algunas semanas; no es probable, sin embargo, que la gestación sufra tantas alteraciones como parece resultar de estas dos noticias tan opuestas. Hembras viejas dan á veces á luz dos, y por excepción hasta tres hijuelos; las jóvenes siempre uno; los cabritillos, animales graciosísimos, cubiertos de espeso y veloso pelo de color rojo pálido azufrado, siguen á la madre por todas partes tan luego como se han secado, y se muestran ya á los pocos días casi tan ágiles como ellas. La hembra los trata, al menos durante seis meses, con el mayor cariño; los cuida en extremo y les enseña todo lo necesario para vivir.

Dirige al hijuelo con sus balidos; con ellos le enseña cuanto necesita saber la gamuza; le adiestra en trepar y saltar, y hace ella misma este ejercicio para darle el ejemplo. El pequeño, por su parte, corresponde al cariño de su madre, y no la abandona aun cuando esté muerta. Mas de una vez han visto los cazadores pequeñas gamuzas que permanecían junto al cadáver de su madre y se dejaron coger fácilmente, aunque se conocía por sus balidos cuánto temor les inspiraba el hombre. Las gamuzas jóvenes y huérfanas son recogidas á veces y cuidadas por otras hembras, como sucede con los machos cabríos. Su crecimiento es muy rápido: á los tres meses aparecen los cuernos, á los tres años son adultas, y se calcula que pueden llegar á la edad de veinte ó treinta.

El macho no se cuida lo mas mínimo de su progenie, pero al menos no maltrata á los pequeños mientras no sea en la época del celo, y quizás se divierte, á pesar de su carácter serio, con sus alegres juegos.

Sucede á veces que una gamuza macho se mezcla entre las cabras que pacen mas allá de la region de los árboles, captándose el cariño de alguna de estas y apareándose con ella. Repetidas veces, y aun en los últimos tiempos, se ha hablado de crías de tales apareamientos, es decir, de verdaderos mestizos de gamuza y cabra. «Hace pocos días, dice una carta de Chur de fecha 27 de mayo de 1867, inserta en la *Gaceta de Casa*, que se encuentra aquí una pareja de mestizos de gamuza, macho y hembra, que excita en alto grado el interés de los cazadores. Nadie ignora que se ha logrado repetidas veces aparear cabras domésticas con gamuzas machos domesticadas; los pequeños sacaban en estos casos el color y la forma de los cuernos de la madre y la robustez de la estructura del padre. Bechstein habla de un mestizo de gamuza que se parecía en la estructura, en las extremidades y sobre todo en la altura de la frente á la gamuza, y en el color á la cabra; el pastor de cabras de Koffna, sitio de donde vienen los mestizos arriba citados, contó que habia visto varias veces durante el verano á un macho de gamuza muy fuerte en el sitio llamado Nascharignas del Alpe de Koff, y que dicha gamuza habia descendido desde la altura de Scherenhorn las pendientes escabrosas y llenas de piedras, permaneciendo despues con toda tranquilidad en medio de las manadas de cabras que allí pacían y manifestándose muy cariñosa con ellas, hasta que al ver acercarse el pastor se puso á dar atrevidos saltos de roca en roca, y desapareció en dirección de la cima de la montaña.

»En marzo de 1866 una cabra de Jaime Spinás de Koffna parió una pequeña hembra, y en abril del mismo año, otra cabra, propiedad de Juan Bautista Durlandt, dió á luz un hijuelo, ambos mestizos de gamuza y cabra. Nacieron sin pelo, y se atribuyó esta particularidad á la circunstancia de que las gamuzas tienen una gestación mas larga que las cabras. En semejantes mestizos persiste siempre la escasez de pelo, son sensibles á la acción del frío, y por consiguiente débiles; así es que muy raras veces se les conserva vivos. Los dos

citados, al contrario, comprados y cuidados por Jaime Pool Schwingen, han alcanzado ya la edad de mas de un año hallándose en perfecta salud. Son unos animales extraños, y el macho particularmente notable. Su origen no puede desconocerse, principalmente por su cabeza negra y casi pelada, y sus ojos oscuros y vivaces. Los cuernos son como los de la cabra, grandes y de color oscuro, pero en todo el resto se descubre á primera vista la naturaleza selvática de la gamuza. La hembra difiere poco de la cabra, es escasamente peluda y casi desnuda en el vientre. El macho se muestra muy astuto y divierte mucho á su amo; por la mañana cuando sale del establo, se llega á la puerta de la casa y llama con los cuernos; cuando no se le abre al instante, lo hace él mismo á cornadas, repitiendo este procedimiento tambien con la puerta de la habitación; llegado aquí sube al sofá, abre con los dientes el cajón de la mesa, y empieza á comer el pan que allí encuentra. Esta pareja, que á pesar de los esfuerzos hechos por parte del macho es hasta ahora infecunda, sería de gran valor para un jardín zoológico. No creo imposible que llegue á haber un apareamiento fecundo entre la gamuza y la cabra; sin embargo, hay quien opina que tales noticias deben mirarse con desconfianza, mientras no se hayan hecho experiencias seguras que hagan imposible un engaño.

A pesar de los muchos peligros á que se hallan expuestas, las gamuzas se propagan con extremada rapidez en las regiones donde se las protege y donde no se matan sino en número razonable; pues, según dice el inteligente Kobell, son la única caza que sufre relativamente poco en inviernos rigurosos. En las pendientes escabrosas, donde el viento barre casi siempre la nieve, ó debajo de las rocas y de los árboles que la detienen, estos animales encuentran aun alimento, mientras que los ciervos y corzos se ven obligados á bajar á los valles, donde muchas veces sucumben, si el hombre no acude en su ayuda.

Una lista de la caza existente en Tegernsee del año 1800 no hace relación sino tan solo de 20 gamuzas, al paso que en 1847 habia en el mismo distrito 650 de estos animales; en el coto real de Hohenschwangauer solo habia 100 individuos en 1828, mientras que en 1853 existían de 1,200 á 1,500. Lo mismo se ha notado en todas partes donde se observa rigurosamente la veda, y donde á sabiendas solo se tiraba á los machos. En el ya citado territorio de caza del príncipe Federico de Lichtenstein habia en 1844 tan solo 8 hembras viejas y pocos machos, mientras que actualmente se encuentran lo menos 300 individuos, de los cuales pueden matarse de 16 hasta 20 todos los años. Este aumento tiene sin embargo, según dice Kobell, sus límites, en cuanto depende de la naturaleza de los sitios; pues cierto número de gamuzas exige, como cualquiera otra caza, un lugar de cierta extensión para su residencia, y cuando este número se aumenta en demasía, los sobrantes abandonan el puesto para buscar otras montañas.

En verano se alimenta este animal de las mejores plantas alpinas, particularmente de las que crecen cerca del límite de las nieves; tambien come las rosas de los Alpes, y los botones de los pinos y pinabetos. En invierno debe contentarse con las yerbas que brotan entre la nieve, con los musgos y líquenes. No es muy delicado para su alimento, y puede resistir mucho el hambre; el agua no le hace falta como á los otros antílopes y al parecer apaga su sed lamiendo las hojas rociadas, y le gusta mucho la sal.

Cuando el pasto es bueno, engorda mucho este rumiante; enflaquece despues de la época del celo, y le cuesta mucho encontrar que comer cuando cubre el suelo una espesa capa de nieve.

Entonces baja á los bosques, y se alimenta de los líquenes